

Greta Rivara Kamaji

La función de la metáfora en la razón poética de María Zambrano

Es indudable que el pensamiento de María Zambrano representa una de las reflexiones contemporáneas más significativas sobre el tema de las relaciones entre filosofía y poesía. Podemos decir sin duda que la propuesta de Zambrano arroja resultados de lo más sugerentes para re-pensar la relación esas dos antiguas disciplinas. Pues bien, una de las nociones clave para entender el sentido de tal propuesta es la de metáfora.

Aunque la relación entre filosofía y poesía es abordada por la filósofa española desde distintos niveles y con distintos objetivos, la metáfora —en tanto “método” de la razón poética— se inserta en su pensamiento como un eje a partir del cual es posible analizar dicha relación. En el presente ensayo queremos enfocar la metáfora desde un ejemplo paradigmático: la metáfora del corazón, en torno a la cual gira la obra zambraniana. A través de su análisis seremos capaces de mostrar cómo opera la noción de metáfora en el pensamiento de nuestra autora.

Para María Zambrano, el corazón, como metáfora, es centro y guía de sus planteamientos. “La obra de María Zambrano parece gravitar en su acordada armonía en torno a un punto axial que le sirve de centro: un corazón que despliega en de-

rededor de su metáfora la delicada red de relaciones de una luminosa constelación semántica.”¹

La metáfora del corazón alude, las más de las veces, a un “centro creador”. Un centro que estructura, configura y da forma a un sistema periférico; aquí, el sistema no es lo central, sino lo que emerge y desborda desde un centro, centro que precisamente otorga unidad a ese sistema que como satélite orbita en torno suyo. Pero, ¿por qué habría de elegir María Zambrano una metáfora que hace las veces de centro en torno al cual orbitan sus reflexiones y por qué habría de ser esa metáfora-centro el corazón? Zambrano tiene al corazón como centro de su “sistema”, pero el corazón no es sino metáfora de un pensamiento que da prioridad a lo afectivo, a lo emotivo antes que a lo exclusivamente teórico y racional. Como lo indicó insistentemente María Zambrano, el suyo es un pensamiento que alimenta su vínculo con la vida: “El hecho mismo de elegir esta imagen como figura del centro es ya significativo: el pensamiento, ‘razón desvalida’, se refiere a un núcleo afectivo, que además, lejos de ser un punto de referencia inanimado es el nido vital de todo cuanto alienta”. Frente a la idea aristotélica de “motor inmóvil” imposible e impenetrable, el vulnerable corazón tiene huecos en que habitar, “mueven —dice María— moviéndose”, impulsa la vida y, a la vez, se inscribe en su dinámica. Y, para mayor abundamiento, no está considerado como una estilizada abstracción, sino ‘en su ser carnal’ ”.² La metáfora del corazón intenta, así, aludir a un centro naturalmente vivo, moviente, creador de movimiento y de

¹ A. Amorós, “La metáfora del corazón en la obra de María Zambrano”, en A. A. V. V., *El pensamiento de María Zambrano*, Zero, Madrid, 1983, p. 39. Consideramos que, entre los intérpretes de Zambrano, Amparo Amorós es quien desarrolla el análisis más completo y puntual en torno a la metáfora del corazón. Por ello, en este ensayo seguimos muy de cerca la interpretación de esta autora al respecto.

² *Ibidem*, pp. 41-42.

vida; y esa alusión es centro de un pensamiento que se presenta, por ende, también vivo, moviente, dinámico y fundamentalmente creador. Pues así será, según María Zambrano, el pensamiento de la razón-poética.

Como sugiere A. Amorós en “La metáfora del corazón en la obra de María Zambrano”, nuestro análisis podría partir de este centro entrañado o encarnado como centro de un universo léxico: el de la obra zambraniana. En torno a este centro se despliega otra serie de metáforas; palabras que gravitan incansablemente en el universo de Zambrano: claros, bosque, ínferos, entrañas, aurora, luz, oscuridad, etcétera; palabras que adquieren justo por ello una fundamental resignificación y reposicionamiento en cuanto a su sentido. Esto quiere decir que la metáfora-centro permite, en su movimiento creador, la generación de sentidos en movimiento, de unidades de reflexión nuevas y dinámicas, de formas de problematización, modos de abrirse el pensamiento mismo para lograr, a su vez, abrir y zanjar líneas ahí donde parece imposible entrar, o buscar de nuevo la entrada en aquello que parece del todo esclarecido y analizado.

Mover la razón, encarnarla, convertirla en centro viviente, hacerla poética... Para María Zambrano, hacer poética la razón requiere de una operación previa y fundamental: insertarla en un nuevo lenguaje capaz de darle ese dinamismo y esa vitalidad, esa liga con la vida, la tierra, el cuerpo y la existencia concreta del hombre; tal lenguaje es el lenguaje de la metáfora.

Ahora bien, para Zambrano todo lenguaje es metáfora.³ Esto significa que para ella —así como lo fuera para Nietzsche—

³ Sin embargo, “No es extraño que cuando se quiere desdeñar un pensamiento se diga de él que es una simple metáfora” como afirma María Zambrano en “Las dos metáforas del conocimiento” (*La cuba secreta y otros ensayos*, Endymion, Madrid, 1996). Cuando se dice esto, ¿no se advierte acaso que los defensores de los “saberes fuertes”, de las “filosofías objetivas”, emiten su juicio partiendo ya de una metáfora? Aquella de Occidente, aquella de la razón iluminista, clarificadora, desveladora del ser de todo cuanto es, de aquella razón que desde Descartes

la metáfora no necesariamente es un recurso expresivo, una figura retórica; antes que nada, la metáfora tiene una función ontológica, y es en este nivel en el que Zambrano desarrolla su análisis.

Toda experiencia humana del mundo está constituida lingüísticamente, es lenguaje y, por ello, metáfora. Mas se trata del lenguaje entendido en sentido ontológico. La experiencia del mundo es metáfora aun cuando muchos saberes se nieguen a asumirla como tal en sus afanes de “objetividad” y “cientificidad”. Zambrano precisa que “una de las más tristes indignancias del tiempo actual es la de metáforas vivas y actuantes”, así como también lo expresó Nietzsche en su momento y más recientemente Ricoeur.⁴

Es cierto que para María Zambrano todo lenguaje es metáfora, o bien, que el lenguaje se da ya siempre como metáfora, ya que no hay ninguna realidad objetiva detrás del lenguaje. Pero además, en su filosofar, tiene también la metáfora, una función muy precisa: la de estrategia interpretativa —méto-

—y por qué no desde el mismo Platón, según Heidegger—, elevaría sus alas en tan alto vuelo que abandonaría la vida sustituyéndola con el concepto que mide, regula, cuantifica, calcula y hace del mundo el objeto explicable, el más explicable. ¿No es ya el concepto o más bien la creencia en él y en su poder explicativo, una gran metáfora, como aseveró Nietzsche? ¿No es toda nuestra relación con el mundo ya metafórica?

Basta con advertir que en Occidente el conocimiento, tal vez en su forma más trascendente, la filosofía, se ha definido y amparado en una sola metáfora que le ha guiado y con la cual ha creado otras, creando así su “camino”: la razón. Metáfora que aparece siempre como tríada: luz-visión-razón, metáfora que alude a la inteligibilidad de las cosas y los seres, metáfora que presidió a la filosofía griega en su devenir. Ya en el “poema” de Parménides aparece la identificación entre ser y pensar, —pensar que, dicho sea de paso, guardará sus formas durante veinte siglos— cuyo contenido indica que la “visión” o lo visto en la visión es condición fundamental y fundante de tal identificación.

Cfr. M. Zambrano, *Filosofía y poesía*, FCE, México, 1996.

⁴ Recordemos que es precisamente Paul Ricoeur uno de los filósofos que en las últimas décadas ha realizado diversos análisis sobre la metáfora. Considero que Ricoeur ha contribuido en gran medida a volver a hacer circular en la filosofía el tema de la metáfora reubicando las posibilidades de pensarla. Cfr. P. Ricoeur, *La metáfora viva*, entre otros.

do— de la razón-poética: “y es que estas metáforas a que nos referimos, no son los felices hallazgos de la poesía o la literatura, sino una de esas revelaciones que están en la base de una cultura, y que la representan. Manera de presentación de una realidad —sobre todo la afectiva— que no puede hacerlo de modo directo; presencia de lo que no puede expresarse directamente, ni alcanzar definición racional. La metáfora es una definición que roza con lo inefable, única forma en que ciertas realidades pueden hacerse visibles [...]”.⁵

Zambrano reubica así la función de la metáfora y cuestiona las visiones reduccionistas y simplistas que ven en ella solamente una forma imprecisa de pensamiento que, como tal, sólo tiene cabida y es válida dentro de la poesía. Asimismo, la pensadora española sostiene que la propia filosofía ha tenido una visión igualmente reduccionista, pues los racionalismos a ultranza dejaron de lado no sólo la metáfora y sus funciones, sino también la poesía, como modos de conocimiento. Ciertas filosofías de corte racionalista devaluaron las funciones de la metáfora al pensar que ésta puede abarcar una realidad inabarcable por la razón, no por incapacidad de esta última (pues la razón lo puede todo), sino porque los fenómenos ahí situados no parecen dignos de racionalización, son fenómenos propicios de ser captados en diversas maneras, siempre aquellas que no necesariamente constituyen conocimiento.

Es, entonces, evidente que María Zambrano va mucho más allá de la noción de metáfora reducida a una figura retórica u ornamental, con el fin de referirse a sus alcances ontológicos.⁶ De hecho, cabe mencionar que la filosofía racionalista ni si-

⁵ A. Amorós, *op. cit.*, p. 45.

⁶ Como el lector habrá podido advertir, considero que la noción de metáfora es una de las más importantes en el pensamiento zambraniano y merecería un estudio aparte. En este trabajo me esfuerzo por aclarar su sentido y también por desvincular tal noción de prejuicios puristas, positivistas, cientificistas en la misma filosofía que han visto en la metáfora o en el uso de metáforas un descalabro

quiera comprendió el sentido de la metáfora como figura retórica, puesto que la redujo a ser un mero ornamento.

Para María Zambrano, un saber que busca acercarse a la realidad vivida, a la vida misma y al ser, al ser del hombre, debe

intentar ir más allá de las metáforas racionalistas para construir un lenguaje con metáforas nuevas, vivas y que justo por ello pueden acceder a los fenómenos que el racionalismo consideró fuera del territorio de lo 'racional y objetivo', siendo que, desde esta perspectiva, las metáforas pueden entonces dotar 'de facciones' el rostro de lo inexplicable y, naturalmente, rebasa lo racional, pero, elocuentes en su plasticidad, se ven, se sienten y se alcanzan constitutivamente, como sucede en las verdades más hondas e incontrovertibles que se imponen con una evidencia de certeza que nunca logra el razonamiento porque está reservado a ciertas formas de presencia en el ánimo de gravitación afirmativa en la conciencia, de saber superar al conocimiento. Estas imágenes se captan con claridad súbita, como iluminaciones, porque son producto de reco-

del discurso filosófico. Pretendo mostrar que aun desde el punto de vista literario (es decir, de la metáfora como figura retórica) no puede ser reducida a ornamento como si no significara nada ni epistémica ni discursivamente. Considerar así la metáfora no muestra sino un simplismo digno de una ignorancia gloriosa. Podríamos remitirnos al excelente estudio e historia de la metáfora que hace Roland Barthes en *Investigaciones retóricas I. La antigua retórica. Ayudamemoria*, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1974, en donde podemos ver que el tema es mucho más amplio de lo que muchos se imaginan, de manera que tendríamos que cuidar-nos de minimizar el uso y concepto de la metáfora en la historia de la filosofía.

Considero que ha hecho falta en la historia del pensamiento filosófico occidental —salvo en momentos luminosos a este respecto: Nietzsche o la misma Zambrano— un estudio ontológico de la metáfora, ya que aun cuando los estudios desde la perspectiva de la literatura son extensos, se ha perdido de vista su posible acepción filosófica. Para Zambrano, la metáfora se funda en el ser mismo del lenguaje como potencia creadora de sentidos, por lo que podríamos decir que inscribe la metáfora en nuestro ser, más allá de la simple forma de expresión. Remitimos al excelente estudio *La creación por la metáfora. Una introducción a la razón poética* de Chantal Maillard, donde la autora lleva a cabo un brillante análisis sobre la metáfora en el pensamiento zambraniano. Confróntese asimismo P.A. Rovatti, *Como la luz tenue*, Gedisa, Barcelona, 1990.

nocimiento. Vestigios de lo divino, rastros de lo sagrado, perduraciones de lo primigenio anteriores al pensamiento, son fruto de ese reconocerse entre la faz invisible de la realidad y el eco interior que le devuelve su forma, y, habiéndose reconocido, se fundan en esa instantánea que el ojo registra al tiempo que la mente asiente porque su representación le era propia aún antes de haberla hallado.⁷

La realidad que a María Zambrano le interesa desentrañar es precisamente aquella a la que los racionalismos puristas dieron la espalda, realidad que nuestra autora nombra como “abismos e íferos del ser”. Abismos e íferos a los que, frente a la razón puramente teórica y discursiva, se puede acceder con otras formas de conocimiento, formas que implican mostración y desocultamiento. Una de estas formas es la metáfora, noción privilegiada en el pensamiento zambraniano.

De este modo, Zambrano no sólo denuncia que el racionalismo a ultranza y el modelo impuesto por el cientificismo a la mayoría de los saberes ha empobrecido la proliferación, vivificación y creación de metáforas, sino que, con esa denuncia, intenta poblar de metáforas al universo filosófico, dotar de imágenes de fuerza germinal y creadora a un pensamiento que pretende guiar(se) hacia el ser de las cosas. La metáfora del corazón es, en este sentido, el centro paradigmático de todas las demás porque resume el movimiento, la creación, y ello representa para María Zambrano una manera de ver la realidad y de aproximarse a ella para explicarla. Se trata de movilizar el lugar de la gran metáfora intelectual de Occidente “la del pensamiento y la razón” hacia un sitio distinto; hacia una metáfora que parecía tener, para el oficialismo académico racionalista sólo un lugar extra-epistémico: el corazón.

Entonces, se trata de generar, crear y poner en movimiento nuevas metáforas que frente y más allá de las metáforas oficia-

⁷ A. Amorós, *op. cit.*, p. 46.

les del racionalismo, muestren no sólo que hay infinitos tipos de metáforas, sino que éstas pueden tener funciones y existencia filosóficas.

La metáfora de la visión intelectual ha sido —nadie podrá negarlo— la definición de una forma —hasta ahora la más decisiva y fundamental— de conocimiento. ¿Podemos pasar de largo junto a esta gran metáfora porque sea, al parecer más extraña, más dada al equívoco, más misteriosa y audaz? ¿No habrá existido una forma de conocimiento o visión que de manera más o menos fiel, corresponda a esta poética expresión? No sería demasiado difícil el intento, si aceptamos ya desde el comienzo una metáfora, la que implica el nombre de esta víscera secreta y delatora: corazón. Su historia muestra altibajos más grandes que la razón [...] El corazón lo ha sido todo, hasta sede del pensamiento en Aristóteles, todo poéticamente y en las religiones [...] subió a la superficie de la historia de los romanticismos europeos [...] Ha sido en ellas entidad aceptada, resplandeciente. Fórmula mágica y figura irradiante [...] ha sido la entidad más implacablemente condenada al destierro, más rápidamente expulsada.⁸

La función de la metáfora zambraniana es generar otras formas cognitivas que puedan “dividir bien el *logos* distribuyéndolo bien por todas las entrañas”, entrañar el *logos*, como dice María Zambrano, volverlo vida para hacer que transcurra en el ser mismo de la vida, hacer del *logos* algo viviente, vital, móvil, palpitante y sangrante frente al *logos* inerte de las ilusiones lógicas y analíticas que dejan tras de sí trozos de su cadavérica existencia. Al entrañar el *logos* con la metáfora del corazón, recobramos su acepción más cabal: símbolo máximo de todas las entrañas de la vida, lugar donde, al parecer, todas las entrañas encuentran unidad y sustento, símbolo del darse

⁸ *Ibidem*, p. 47.

mismo del ser porque el corazón, dice María Zambrano, es víscera que representa un centro oscuro, oculto y no manifiesto, casi secreto y misterioso pero que se abre, se desoculta y manifiesta, del mismo modo en el que la realidad se presenta al hombre. Por ello, el corazón es una metáfora del ser oculto de la realidad, metáfora de la que se sirve María Zambrano para advertir que el ser, como el corazón, se oculta y desoculta y que ése es su único sentido deviniente.

Ahora bien, habíamos afirmado al principio que el corazón es la metáfora que en María Zambrano funciona como centro del cual surgen otras metáforas que, a su vez, funcionan como satélites de ese centro creador. Podríamos decir que la metáfora se constituye en una suerte de constelación metafórica alrededor de un centro radical.

De acuerdo con el brillante análisis que al respecto propone A. Amorós, dos de esas órbitas —tal vez las más próximas a ese centro, las más fundamentales—, comprenden: 1) los atributos que se desprenden de ese centro, y 2) aquellas metáforas asociadas a ese centro que lo enriquecen y que le imprimen movimiento agregando más metáforas, refuncionalizando, desplazando y reposicionando sus significados.

En el primer nivel, el de los atributos, se describen una serie de halos semánticos que se despliegan de metáfora en metáfora, que van integrando nuevas constelaciones metafóricas. Esos atributos o, más bien, entre esos atributos encontramos el resto de las grandes metáforas que recorren la obra de María Zambrano y que tienen una función fundamental tanto en el nivel de la crítica al racionalismo como en el nivel de la creación de la razón-poética. Por mencionar solamente algunas de esas metáforas citamos: la música y la “llamada”.

La llamada, otra metáfora que gira en torno a la del corazón, indica que: “Hay una línea imperceptible, un nivel desde el cual el corazón comienza a sentirse sumergido. No encuentra resistencia en torno por falta de respuesta a su incesante llama-

da, pues que su latir es al propio tiempo un llamar”.⁹ La llamada indica para María Zambrano una apelación a lo otro, implica un saber de sí mismo y desde sí mismo que se lanza hacia lo otro desde el anhelo, un requerimiento originario por lo otro —lo otro, aquello despreciado por el racionalismo como posibilidad de conocimiento—. “Nada de lo real ha de ser humillado”, insistió María Zambrano. La metáfora implica reconocer en lo otro la alteridad y con ello la propia identidad en una invocación comunicante; invocación con la que se pide a lo otro desentrañarse y mostrarse. La metáfora del corazón sugiere un apelar, un llamado a lo otro, un escuchar lo otro, sea esto otro lo luminoso o lo sombrío, la alegría o el sufrimiento, la vida o la muerte, el cielo o el infierno, la filosofía o la poesía, el ser o el no ser, aún el silencio. Necesidad suprema de la razón-poética, atender a lo otro o a lo que se llamó “lo otro” desde una perspectiva hegemónica y reduccionista. Como afirma María Zambrano, el reconocimiento de lo otro hace emerger lo que no logró, trabajando siempre, ser escuchado; da oídos incluso al silencio, tan poco soportado en Occidente; da oídos a aquello que es la vida: el silencioso diálogo de la luz con la oscuridad, del ser con el no ser.

Otra serie de metáforas asociadas o que irradian desde la metáfora del corazón y que conforman, por decirlo así, un segundo nivel de orbitación o de constelaciones metafóricas —como la del “habitar”— estaría constituido por algunas ideas de la mayor importancia en el contexto de la misma razón-poética. La metáfora del corazón en cuanto “mirada”, mirada del pensamiento y del cuerpo, se presenta con ímpetu por un espacio donde “habitar”, donde construirse un ser desde un ser que es ya siempre vacío, oquedad, lucha por la conquista de un espacio y, con ello, de una vida, conquista suprema de la vida, de la vida de nuestro ser que es ya siempre vacío e incompletud. Habitar

⁹ M. Zambrano, *Claros del bosque*, Seix Barral, Barcelona, 1977, p. 68.

es crear un espacio por el que la vida, hecha ya propia, pueda *fluir*, dice María Zambrano, como danza, como camino serpenteante de la razón que es vida, que se convierte en vida. Por eso afirma la española que el sentir, la razón y la palabra son y pueden ser metáforas del corazón. Es, pues, poeta el corazón porque la palabra es su metáfora, porque de él nace la palabra. ¿Cómo disociar entonces la razón —originariamente creadora— de la palabra y de la poesía, si la razón ha sido en el hombre el ejercicio más noble, aquel medio por el cual se proyectó como humano y se construyó un mundo, una “morada” humana? La palabra, verdadero espacio de humanización para el hombre y fuente de constante humanidad, nos devela su fuerza al liberar a la razón del concepto o de su reducción a él. La metáfora es palabra inextinguible, fuente inagotable, potencia creadora, fundadora de mundos y realidades en donde la razón y el dolor tienen permiso de mezclarse. Una metáfora, la del corazón, funciona también en el pensar de María Zambrano para significar su concepción de la vida en términos dionisíacos, es metáfora dionisíaca. “La sangre como el vino embriaga. Es bebida, consumida, transfundida. Es metáfora en suma de comunión, de un culto dionisíaco, de embriaguez vital, en que se transfunde una vida divina a quien la bebe; metáfora de una sed infinita, una sed por esencia inextinguible.”¹⁰

Es por todo esto que el uso de la metáfora a través de la razón-poética puede ser, para María Zambrano, el lenguaje constituyente de una manera de conocer, de un modo, de una actitud de conocimiento, que partiendo de un ímpetu filosófico puede también penetrar en las más profundas problemáticas, volteando su mirada hacia otros órdenes del saber, hacia otros dominios del conocimiento. De este modo, María Zambrano intenta acercarse, a través del lenguaje de la razón-poética, al arte, y fundamentalmente a la literatura. Este acercamiento le

¹⁰ A. Amorós, *op. cit.*, p. 54.

permitirá desentrañar con un nuevo lenguaje, recompuesto y propio de una racionalidad abismática, problemas filosóficos de primer orden. Es desde esta perspectiva que Zambrano elabora una fenomenología del arte, esto es, una visión del arte como el aparecer de fenómenos, la manifestación de fenómenos que constituyen temas propios de la filosofía. Así, el arte es visto como un modo de conocer que bien puede arrojar fuertes implicaciones filosóficas.

Siendo así, María Zambrano encuentra que el arte, en tanto apertura de posibilidades, puede dar lugar a un espectro en el que la reflexión filosófica encuentre un asidero de temáticas, sobre todo en la medida en que en el arte podemos ver sugerida una clase de saber que puede decir lo que el racionalismo ha callado. De ahí los extensos análisis de María Zambrano sobre distintos poetas y novelistas.

Ya sea por la vía de los distintos discursos filosóficos o por su acercamiento a los discursos literarios, la filosofía de Zambrano nos invita a concebir una racionalidad que, en primer lugar, no comienza por nombrarse a sí misma, facilitándose su actuación sobre los fenómenos. Se trata de

una razón o manera de conocimiento que se ha extendido humildemente por seres y cosas, sin delimitarse previamente a sí misma; que ha activado sin definirse ni separarse, mezclándose, inclusive, con la razón al uso, con su enemiga la imperante razón racionalista. Y es que la característica de tal género de saber —de razón al fin— sería la de no tomar represalias contra lo que la domina, el no tomarlas más que en el terreno de la creación: rebasando, superando, trascendiendo. Razón esencialmente [...] humilde, dispersa, misericordiosa.¹¹

La vía de conocimiento de la razón-poética que defiende María Zambrano incluye una “sabiduría” no peleada con la in-

¹¹ *Ibidem*, p. 58.

tuición ni la experiencia misma de la vida; tampoco peleada, por supuesto, con las más ancestrales tradiciones de conocimiento, con las más antiguas experiencias de conocimiento en las cuales el poder, el gozo, la alegría, el sufrimiento no son desechados de la actividad del “intelecto”. Zambrano tampoco desecha el saber de un conocimiento o de una razón que pretende acercarse a las cosas no sólo mediata, sino inmediata y directamente, visión íntima de y con la realidad, razón piadosa. Esta razón piadosa quiere decir para María Zambrano, “saber tratar con lo otro”, saber de la verdad y la no verdad en su mutua implicación, porque verdad y no verdad no son eventos puramente epistémicos, sino primeramente ontológicos que deben permitirnos tratar con la realidad toda, sin seccionarla, ni sancionar algunos sectores o fenómenos. Lo que ella busca, partiendo de un fundamento no racional de la idea de verdad, es un modo de ampliar la realidad y no de reducirla, o bien a la voluntad de un sujeto, o bien a los esquemas de categorías a partir de las cuales lo real se puede representar como un todo medido, calculado, accesible a tal sujeto que, además, se erige como fuente única de certeza de lo representado. María Zambrano pide que la filosofía acceda y amplíe sus fronteras para incluir un saber poetizante como parte de sí, un saber que posee un valor cognoscitivo y también un poder de transformación sobre lo real, de fundación de aperturas históricas: una razón histórica.

De este modo, Zambrano considera que el arte puede ser un lugar privilegiado para el aparecer de fenómenos silenciados por la filosofía. Existen lugares privilegiados en toda realidad, afirma María Zambrano; fundamentalmente aquellas realidades que son de humana creación: lugares, espacios que, en tanto creados, constituyen un modo fundamental “de visión”, de “visibilidad”, “un claro del bosque” donde la claridad se torna aparición y mostración del ser de algo; luz y oscuridad que brota y se hace ver; centro-claro, que torna visible lo que está

oculto. No hay camino, dice María Zambrano, sin esta orientación. Así, el conocimiento conseguido por esta racionalidad no es aquel desde cuyo centro se apresura lo que orbita por una gravedad que atrae violentamente, forzosamente; la metáfora del corazón es centro no dominante, centro de lo inasible,

Es el centro. Y ¿cómo puede ser centro algo tan inasible? Mas ¿no será ello acaso un indicio más de lo que sea? ¿Puede apresarse el centro, se puede tener? ¿No permanece inalcanzable, aunque se le sienta palpitar? ¿Y no es él el que llega, el que se abre como desplegándose y el que deja siempre algo en prenda de su verdad? [...] Por eso, es novela como es la vida, no será ningún personaje el centro porque lo sea, sino porque llama a él, porque lo despierte. No otra cosa puede ser una humana develación.¹²

Es bajo este tenor que María Zambrano lee la obra galdosiana y encuentra en un personaje de novela la significación más adecuada de la razón poética: Nina, personaje en la obra *Misericordia* de Galdós ejemplifica esto.¹³ Amorós comenta al respecto que María Zambrano identifica en la novela galdosiana, en el modo de la ficción, pero también en el modo de la vida, dos posibilidades básicas de ser personaje y con ello dos posibilidades de racionalidad que aluden, por un lado, a la razón racionalista occidental y, por otro, a las posibilidades metafóricas de la razón poética.

Los unos, comenta Amorós, parecen estar llamados a ensombrecer, angostar, limitar, dificultar la vida hasta hacerla imposible, venidos del ímpetu de hacer claro todo, de entender todo y terminan por sofocar el aire ahí donde pretenden hacer respirar a todo. Los otros, siguiendo el argumento de

¹² *Ibidem*, p. 64.

¹³ *Cfr.* M. Zambrano, *España, sueño y verdad*, Siruela, Madrid, 1994, pp. 58-77.

Amorós, se dan como “esencialmente propiciadores de vida”, la potencian, la amplían, la comunican, la transmutan, la contagian, más aún, la hacen posible al dejarla manifestarse; seres del florecimiento y del brotar, estos personajes (esta razón), como el personaje galdosiano Nina, son “corazón”; su centro es el corazón justamente porque promueven e impulsan la vida desde un ámbito siempre vivo y palpitante —y esto es lo que busca la metáfora según Zambrano, promover y buscar significados vivos— aliento de crecimiento, potencia de progresión y perseveración que es juego; la vida, así sin más, sin necesidad de justificarla, es simplemente en tanto devenir y aparecer; no hay ninguna intención de “humillarla” al enjuiciarla y categorizarla y conceptualizarla. Por eso, todo aquello con lo que se encuentra, con lo que se topa, es una conquista de su andar y no una precisa construcción.

Las verdades del personaje-metáfora son nacientes, surgidas de un andar, de una afirmación del devenir que sigue la vida en su querer ser. Por ello, dice María Zambrano, la vida, es esencialmente hambrienta, menesterosa y ávida. Vivir es, entonces, buscar la realidad, perseguirla, hasta pordiosearla: descubrir sus verdades, no aquellas de las que ya nada puede nacer porque se pretenden definitivas, siervas de sus propios preceptos y dictámenes, sino aquellas que por nacientes multiplican los caminos posibilitando más de un sendero por el cual transitar. Se elige la vida por encima de la verdad, y por ello, dice Amorós,

No dudará Nina en elegir la vida por encima de la verdad, con su sano instinto elemental, que no se equivoca, que alcanza instintivamente, sin más razones, con su modo de pensar no pensado, porque la gran fuerza de Nina consiste, ante todo, en esta facultad de comprensión, de absorción de todo lo que la rodea y puede ayudarla, también de eliminar todo aquello que pudiera envenenarla o detenerla. Es la fuerza inagotable de la

vida transformándolo todo en vida, como recién inventado; la tradición verdadera que hace renacer el pasado: encarnarse en el hoy, convertirlo en el mañana, pervivir, salvando todos los obstáculos con divina naturalidad [...] vive en la luz, y con su esfuerzo sin fatiga crea la libertad. Desasida y apegada a un tiempo a las cosas, libre de la realidad y esclava de ella a la vez, invulnerable y al alcance de la mano; dueña de todo, sirvienta de cada uno, Nina, en verdad es misericordia.¹⁴

A partir de estas breves reflexiones podemos ver que, con la noción de metáfora, María Zambrano trata de construir una forma de racionalidad, de conocimiento que pueda introducirse sin violencia en diversas realidades, dispersándose entre ellas, dándoles nombre, mas no estructura última, reconociéndolas en su dignidad e inteligibilidad, inteligibilidad que implica creación y comprensión, mas no explicación clara y última, no dominio sino diálogo y comunicación.

¹⁴ *Ibidem*, p. 69.